

EL MUSEO ARQUEOLÓGICO DE LA ALHAMBRA

Habrá pocos museos arqueológicos en España que se hayan ido formando de manera tan natural como el de la Alhambra, por la acumulación durante cerca de un siglo de objetos que

de antiguo existían allí mismo y por los procedentes de las obras y excavaciones realizadas en su solar.

Formaron el núcleo inicial, como piezas más importantes: el gran jarrón de loza vidriada con decoración de oro y azul sobre fondo blanco que, en unión de otro perdido, estaba en el jardín de los Adarves en el siglo XVIII; la pila de mármol con inscripción alusiva a Muḥammad III y fecha de 704 (1305), situada a fines del mismo siglo, según grabados contemporáneos, al pie de la torre de la Vela; las losas sepulcrales de los monarcas nazaríes, también de mármol, descubiertas en 1574 en las ruinas de la Rauda, y los anillones de bronce que decoraban, a la moda italiana, las pilastras del palacio de Carlos V, arrancados y recogidos, para que no acabasen de llevárselos, algo después de mediar el siglo XIX. A estos objetos se fueron añadiendo, desde hace aproximadamente un siglo, todos los de interés arqueológico hallados en las obras de restauración y en las excavaciones: celosías, canecillos y trozos de techos de madera; capiteles y fragmentos de mármol y piedra; arcos y decoraciones de yeso; piezas de alicatados, de azulejos y, sobre todo, gran cantidad de fragmentos de cerámica doméstica.

A partir de 1872 estos objetos se almacenaron en dos habitaciones no muy grandes, situadas en la nave que cierra a norte el patio de los Leones. Además de los enumerados guardáronse en ellas, entre otras cosas de menor importancia, un fragmento de tabla pintado al óleo que se halló sirviendo de dintel en una estrecha puerta del vestíbulo del cuarto de los Leones (representa el combate de dos caballeros, y en letra gótica se repite en uno de sus lados varias veces el lema de los monarcas nazaríes: *Solo Dios es vencedor*)¹, y capiteles y trozos de decoración de mármol procedentes de la puerta de Siete Suelos.

Más tarde, el jarrón instalóse en un rincón de la sala de las Dos Hermanas, donde no se podía ver más que la mitad, destacando sobre un fondo de zócalo cerámico poco adecuado para su contemplación; la pila y las losas sepulcrales quedaron expues-

¹ Sobre su hallazgo, véase *Recientes descubrimientos en la Alhambra*, por Rafael Contreras (*El Arte en España*, III, Madrid 1865, pp. 81-91).

tas en la sala de los Reyes; los techos, puertas y fragmentos de madera colocáronse en las paredes de las habitaciones de Carlos V que sirven de tránsito entre el Peinador de la Reina y el mirador de Daraxa, y el resto se almacenó en las antiguas habitaciones de los Gobernadores, sobre el Mexuar.

En esos lugares se encontraban los objetos arqueológicos reseñados cuando, en 1923, me hice cargo de la dirección de la Alhambra. Pero, además, en otros varios, almacenes, fosos, habitaciones de la casa del arquitecto-director, cripta de la capilla del palacio de Carlos V, etc., había gran cantidad de restos sin clasificar, fragmentos cerámicos en su mayor parte, muchos de ellos en las mismas espuestas en que los echaron los obreros en el momento de su hallazgo. Desde aquella fecha el número de trozos de cerámica y de yeso, y de pequeñas piezas de los alicatados, fué acrecentándose rápidamente como consecuencia de las continuas obras y excavaciones realizadas durante los años 1923-1931.

Al mismo tiempo, las colecciones arqueológicas de la Alhambra también se incrementaban con la adquisición de piezas existentes en el comercio de antigüedades de Granada que se hallaban en peligro de salir de la ciudad y, algunas, probablemente, de España. Entre ellas, hay que señalar, como más importantes, varios capiteles visigodos y musulmanes, maderas talladas y, sobre todo, unas hojas árabes de madera, de alacena, con decoración de taracea, de excepcional interés ¹. En 1934 pasaron, por compra, a formar parte de las colecciones de la Alhambra, un jarrón árabe que perteneció a Fortuny y, después de rodar bastantes años por el extranjero, llegó a manos de un comerciante de antigüedades, lo que facilitó su regreso al lugar de origen; las maderas talladas de un entramado mudéjar de Toledo, que algún día convendrá trasladar al museo Arqueológico de esa ciudad, y un cofre y varias pequeñas arquetas de taracea.

¹ Me habló de la importancia de estas hojas de alacena y del interés de su adquisición don Manuel Gómez-Moreno. En 1923 pedía por ellas su propietario 30.000 pesetas; en años sucesivos fué rebajando el precio y, por fin, en 1928, se compraron en 5.000. Publiqué las hojas de la alacena en la *III Crónica arqueológica de la España musulmana* (AL-ANDALUS, III [1935], pp. 438-442).

Con motivo de la reparación de las habitaciones de Carlos V en el palacio árabe, se quitaron de sus muros los fragmentos de techos, puertas, celosías y maderas talladas que en ellos estaban expuestos, siendo sustituidos por unas vitrinas con los trozos cerámicos más interesantes de la colección y varios cacharros completados con yeso. Tratóse con ello de dar a conocer a los visitantes de las hoy desnudas salas de la Alhambra algunos de los objetos que en la época musulmana formaron parte de su ajuar doméstico, y a los arqueólogos un aspecto de la cerámica hispanomusulmana casi completamente inédito.

Labor preliminar para la organización de las colecciones fué la de hacer una primera clasificación de objetos por razón de su material y de su destino, y así quedaron separados en diferentes almacenes los de madera, piedra y mármol, yeso, metal, la cerámica doméstica y los fragmentos de alicatados y de decoración arquitectónica. Procedióse después a armar algunos paños de alicatados y otros de cerámica vidriada de relieve, de los que había piezas suficientes para ello, y a limpiar, clasificar y completar, en lo posible, los restos de cerámica doméstica.

Los magníficos anillones del palacio de Carlos V volvieron a empotrarse en el lugar para el que fueron labrados y, siguiendo la misma tendencia de reintegrar en lo posible los elementos arquitectónicos a su emplazamiento primitivo, quedó instalada en una de las puertas de la fachada del cuarto de Comares una hoja de madera con enchapadura de hierro sujeta con cintas y clavillos de bronce dorado, que estaba aún en ese lugar en el año 1852, así como algunos paños de alicatado cuyo primitivo emplazamiento era conocido. El jarrón se trasladó desde la sala de las Dos Hermanas a la de los Reyes, encerrándolo en una vitrina.

Todos estos restos arqueológicos, procedentes en su mayor parte de la Alhambra, que ayudan a reconstruir la vida en ella en la época nazarí, exigían una instalación adecuada en el mismo monumento. Las obras de terminación y cubierta del palacio de Carlos V, realizadas durante el gobierno del general Primo de

Rivera ¹, y merced, en gran parte, al entusiasmo del conde de las Infantas — uno de los mejores directores de Bellas Artes que ha habido en los últimos años, al que se debe la eficiente organización del servicio de conservación de monumentos antiguos, que dió excelentes resultados —, permitieron disponer de grandes salones en los que, holgada y dignamente, se fueron colocando los objetos de mayor interés. Este embrión de museo, en fase previa de organización, no llegó a abrirse al público, pero sí lo estuvo a la curiosidad de las gentes a quienes interesó conocerlo ². Los objetos más destacados que en él existían se enviaron a la Exposición Internacional de Barcelona de 1929. Parecía natural que algún día fueran agregadas a estas colecciones de la Alhambra las del Museo Arqueológico de Granada, sobre todo sus fondos de arte hispanomusulmán, dejando el de Bellas Artes en la ciudad, ya que ningún entronque tiene con el palacio nazarí y que los cuadros exigen una iluminación adecuada, no fácil de conseguir en la gran construcción del siglo XVI.

En fecha reciente las colecciones de la Alhambra han pasado a depender del servicio técnico del Cuerpo facultativo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos, con la categoría de Museo Arqueológico del Estado. Con tal motivo, el director del viejo y, a la vez, flamante Museo don Jesús Bermúdez Pareja, granadino, cuya laboriosidad y entusiasmo presagian una labor fecunda en ese cargo, da cuenta en el volumen de 1942 de las *Memorias de los Museos Arqueológicos Provinciales* ³, de las vicisitudes por las que pasaron esas colecciones hasta llegar a la reciente organización y enumera sus piezas más importantes. Vividas por quien esto escribe algunas de las fases anteriores, ha creído útil agregar varios datos complementarios a los expuestos por el señor Bermúdez.

¹ Se terminaron unos salones, hízose la bóveda del ángulo NO., y se cubrió todo el edificio, excepto la capilla y la galería circular del patio, a falta de construir tan sólo una parte de la terraza.

² En su instalación trabajó con gran eficacia don Manuel Ocaña Jiménez.

³ Jesús Bermúdez Pareja, *El Museo Arqueológico de la Alhambra*, apud *Memorias de los Museos Arqueológicos provinciales*, 1942 (Extractos) (Madrid 1943), pp. 47-53.

Escribe muy oportunamente el director del Museo de la Alhambra, que sólo por falta de continuidad en el empeño «de la formación de dicho museo, no fué éste, hasta ahora, lo eficaz que merecía, malográndose total o parcialmente en períodos intermitentes de abandono y desorientación cuantos trabajos de conservación, clasificación y estudio se habían hecho». La labor personal es, en efecto, cosa bien parva en sí; lo que cuenta en toda obra humana es su continuidad, conseguida felizmente en la conservación de la Alhambra durante algunos años, merced a la orientación marcada por don Manuel Gómez-Moreno, primero directamente y luego a través de sus discípulos.

Las colecciones del Museo Arqueológico de la Alhambra se han trasladado hace poco tiempo — después de escrita por el señor Bermúdez la memoria comentada — desde el palacio de Carlos V a las antiguas habitaciones de los Gobernadores, sobre el Mexuar de la Casa Real vieja, en parte de las cuales instalé, en 1923, la dirección y oficinas que hasta entonces habían estado en la casa habitada por el arquitecto-director, con peligro de confusión entre los objetos y servicios de la Alhambra y los de propiedad privada, como se hizo patente en aquella fecha. —
L. T. B.